

—Quiere decir, señora, que el nombre de mi hijo no es de santo.

—Usted lo ha dicho.

—¿Pues cómo será bueno decirle? Sea usted su madrina.

—Cómo?..... cómo?—repuso la lavandera consultándose y meditando un momento—¿No ha leído usted las aventuras del muchacho Mauricio?

—Si no sé leer, señora.

—Era muy interesante ese muchacho. Créame usted, póngale Mauricio á este y no le dé un nombre que puede traerle desgracia.

El portero, que como todos los de la casa tenia en alto concepto á la Nereida del Estanque, temiendo por la salvacion de Mário, no vaciló un momento, y desde entónces el niño se llamó como su ilustrada madrina lo habia deseado.

Una remesa.

Permítannos nuestros lectores que abramos un paréntesis de algunos años, que llenaremos despues poco á poco, segun lo vaya exijiendo el curso de nuestra historia, y tengan la bondad de seguirnos á México y á la casa de correos en un dia de llegada de la correspondencia del paquete.

El departamento que se llama la reja estaba literalmente lleno, por la parte de afuera, de comerciantes que aguardaban ansiosamente sus cartas, miéntras que por la parte de adentro los empleados, con una actividad extraordinaria, colocaban en las casillas del apartado la correspondencia.

Las conversaciones y los murmullos y las bromas del público hacian parecer la reja un avispero.

Los empleados, en silencio, seguian colocando sus cartas, y al cabo de un rato dijo uno de ellos.

—Ya está.

—¡Setenta y nueve! ¡Ciento cuarenta y siete! ¡Dos! ¡Ochenta y cinco! ¡Veinticuatro! ¡Trece! Cincuenta y dos!—gritaron á un tiempo los comerciantes y los dependientes de comercio al oír las dos palabras que anunciaban se habia concluido de colocar el apartado.

Media hora despues estaba despachada la correspondencia, de toda aquella gente, y uno que otro rezagado ocurría por sus cartas.

Un hombre, con sombrero de fieltro gris salpicado de manchas de grasa, chaqueta de dril blanco tan sucia como el sombrero, sin corbata ni chaleco, pantalones de canton y zapatos amarillos de gamuza, se presentó en la reja.

Su fisonomía era simpática; usaba toda la barba, y como para que nadie dudase de su ejercicio, algunas pepitas de chile y unos cuantos granos de arroz y de ajonjolí salpicaban el negro de azabache de sus patillas.

—Adios, paisano—le dijo al empleado de la reja al entrar, con marcado acento español —¿hay algo para mí?

El empleado se levantó, tomó varias cartas de una de las muchas casillas del apartado, y examinándolas una á una dijo á su interlocutor:

—Cuatro pesos y medio.

—¡Cáscaras!—contestó el otro, y despues de pagar permaneció en la reja leyendo las cartas que le habian entregado.

El empleado continuó miéntras tanto despachando á los que llegaban á pedir su correspondencia.

De repente el español, que leía sus cartas, soltó una tremenda carcajada, y miró fijamente al empleado como si deseara que este le preguntase algo.

El empleado permaneció impasible.

—¡Qué ocurrencia!—dijo entónces y continuó riendo á carcajadas.

Al fin, viendo que el empleado, atento á cumplir con su deber para con el público, no se daba por entendido de la alegría extemporánea que manifestaba, le dijo:

—Oiga, paisano.

—¿Qué se le ofrece á usted?

—¿Quiere comprarme algo de esta mercancía que está próxima á llegar?

—¿Son puros?

—Mejor que eso.

—Solo puros compraria yo.

—Mire, mire, paisano, al fin de esta factura, qué artículo me consignan.

El empleado tomó la factura de manos del español, y leyó donde él le indicaba.

Entónces le tocó su vez de reír á carcajadas.

La cosa no era para ménos. La última partida de una factura de vinos, encurtidos, conservas alimenticias, queso, bacalao, y otros efectos de los que se venden regularmente en las tiendas de abarrotes, decía lo siguiente:

“Seis chicos de doce á catorce años, bautizados y vacunados, peso neto, 590 libras.”

No habia ninguna cifra en la columna de precios.

La factura tenia este encabezado:

“Factura de lo siguiente, que la casa Sobrino y Compañía de Cádiz remite en la barca “La hermosa Anita” á Veracruz, consignado á D. Márcos Olavarría, comerciante de abarrotes en México.

—¿Qué tal?—dijo D. Márcos, haciendo duo al empleado en su hilaridad.

—¿Y qué va usted á hacer con esta mercancía?

—Me quedaré con un par de ellos, con los mas garridos y que sean mas trabajadores, y el resto le distribuiré entre los amigos.

—Pues no deja de ser engorrosa la comision.

—No, por cierto. Estoy seguro de que ántes que desembarquen ya están colocados todos. Pagar es corresponder; así llegamos nosotros y subimos, fuerza es que abramos camino á los que vienen despues.

—Entónces, dentro de algunos años, tendremos en México seis capitalistas españoles mas.

—Es claro, si son honrados, trabajadores, y sobre todo económicos, como lo hemos sido nosotros. Pero ¿ha visto usted ocurrencia como la de ponerlos en factura?

—Será algun chiste del dependiente que hizo la factura.

—Si estos andaluces valen la plata para estas cosas. En fin, paisano, usted está muy ocupado. Hasta otra vista.

—Adios, don Márcos.

Dos meses despues pasaba un convoy de mercancías por la garita de San Lázaro, y en un gran carro que llevaba una cubierta de lienzo blanca, y confundidos entre las barricas y los fardos, unos cuantos muchachos peninsulares hacian su entrada triunfal en la capital de la República Mexicana.

Al llegar los carros á la plazuela de Santo Domingo, don Márcos y otros amigos que los esperaban hicieron bajar á los chicos, que sufrieron un escrupuloso registro del vista, sin duda por si ocultaban algunos fardos en sus faltriqueras, y cada uno de los comerciantes tomó los que le venian consignados.

Don Márcos envió con un dependiente á su casa los seis que le tocaban y se quedó en la Aduana para sacar sus efectos.

Todos los chicos eran pelones y rubicundos; hablaban bajando la cabeza y mirando sobre las cejas, y en voz tan baja, y tan cerrado, como se dice en México, que sus paisanos que los recibian tuvieron que apelar á los recuerdos de su infancia para comprender lo que les decian. Al presentarse á sus nuevos protectores se quitaron humildemente las gorras coloradas con

que venian cubiertos, é hicieron las cortesías mas profundas que pudieron.

Entre los que á don Márcos le correspondian, habia uno á quien nada en lo ostensible distinguia de sus compañeros; hablaba y miraba y vestia como ellos, y cualquiera habria dicho que era tan español como todos.

Al quitarse la gorra dejó ver una cicatriz que tenia en la frente, y don Márcos le preguntó:

—¿Qué es esto, muchacho?

—Un golpe, señor—contestó con el acento andaluz mas marcado.

—Alguna travesura grande, bribonzuelo.

—No, señor, un accidente.

—Anda con Dios—repuso don Márcos, enviándole con los demas.

Y se reunió con sus amigos, que disponiéndose á recibir sus efectos, no volvieron á mencionar á los chicos.